

rico Guillermo IV. Este embajador, con razon convencido de que Francia é Inglaterra si declarasen la guerra á Rusia lo harian con la firme resolucion de mermar considerablemente el territorio de este imperio, creyó de su deber exponer esta contingencia á su soberano con las consideraciones que le sugería, y lo hizo en una «Memoria secreta sobre la situacion presente y el porvenir de la crisis rusa (1),» que envió á principios de marzo de 1854 á Berlin y en la cual decia lo siguiente:

«La cuestion oriental se ha hecho cuestion europea. La crisis turca se ha transformado en crisis rusa, y la decision de la lucha general está en este momento en las manos de las potencias alemanas. Este cambio es la consecuencia ante todo del envío del conde de Orloff á Viena y de las proposiciones rusas hechas en aquella capital y en Berlin. La Rusia misma ha hecho el nudo que tanto le importaba sin duda deshacer, pues ya la actitud de Menschikoff pareció calculada para imposibilitar una solucion pacífica de la cuestion de los Santos Lugares, entonces pendiente. Cuando la Francia renunció por su parte á todas las concesiones que se le habian hecho, y que habian servido de pretexto á la Rusia para presentar sus exigencias en tono dictatorial, se mostró esta potencia mas intratable y mas dictatorial que nunca. Pocos meses despues, el despacho dirigido por Nesselrode al embajador Meyendorff en Viena rasgó el velo que habia impedido ver claro á los gabinetes de Paris y Lóndres, ó que estos no habian querido descender intencionalmente, y esto acabó de afirmar la alianza de las dos potencias. En 1847 la Puerta á excitacion de Inglaterra y en segundo lugar á excitacion del gobierno de Prusia, concedió á los cristianos mas libertad religiosa de lo que á la Rusia convenia; y entonces la Rusia salió con su exigencia de un tratado internacional que reconociera el protectorado sobre los cristianos cismáticos, que ella habia ido preparando durante un siglo. Las otras grandes potencias se mostraron dispuestas, aun despues de haber estallado la guerra, á consentir en la renovacion de los convenios antiguos á condicion de que la Rusia hiciese las negociaciones de paz á la vista de las demás potencias; pero en lugar de aceptar esta condicion y de renunciar á su tentativa, prematura ó tardía, el emperador quiso apelar á la fuerza, y Orloff se cuadró ante la conferencia de las cuatro grandes potencias con mayor insolencia que Menschikoff ante el gobierno turco en la pasada primavera. El emperador usó con las dos potencias alemanas un lenguaje que se parecia mucho al que empleaba Napoleon I con los soberanos á quienes se habia propuesto destronar. El emperador Nicolás echó mano de todos los medios para emprender la lucha hasta contra la Europa entera. Fué, pues, preciso tomar la misma actitud, y Francia é Inglaterra se preguntaron: «¿Hemos de hacer esfuerzos colosales solo para inducir á Rusia á evacuar los principados y aceptar las condiciones de paz convenidas con la Puerta? ¿Han de sacrificarse cientos de millones de francos y la vida de millares de soldados valientes para conseguir del emperador que aplace para otra ocasion mas favorable la realizacion de las intenciones que tiene respecto de Turquía?» La respuesta á estas preguntas fué: «¡No!» y ahora se trata de hacer lo que no pudo hacer Federico el Grande, ni siquiera Napoleon, á saber: la destruccion de la preponderancia rusa. El objeto de la lucha ha de ser la reduccion de la Rusia á sus fronteras naturales en Europa. Inglaterra y Francia tienen derecho á escribir este lema en sus banderas desde el momento en que han renunciado de antemano y solemnemente á todas las ventajas particulares. Ahora han de pedir igual renuncia á las grandes potencias alemanas, y al mismo tiempo han de dar á los países vecinos, despojados de parte de su territorio por la Rusia, la ocasion de reconquistar lo perdido, y á las dos grandes potencias alemanas la de recobrar su perdida influencia europea independiente dentro del círculo del verdadero equilibrio europeo, para asegurar la paz. Mientras conserve Rusia su preponderancia actual, la confederacion alemana no será nunca lo que quisieran que fuese la Prusia y la Alemania, lo que Inglaterra desea y lo que Francia consentiría que fuese, porque Rusia tiene horror á una Alemania fuerte é independiente; así lo dice la memoria de 1834; así lo dijo el emperador Nicolás en 1849 y 1850 á los embajadores de Francia y de Inglaterra, y así lo dijo en Berlin su embajador Meyendorff. Sabidas son sus intenciones respecto de Posen. Rusia no puede tolerar que Alemania goce de independencia verdadera, no puede permitir tampoco que el protestantismo tome vuelo, como lo toma ya en sus misiones, y por eso hiere al poder de Prusia en el corazon además de herirlo en Jerusalem en la magnífica y próspera creacion de Federico Guillermo IV, el obispado protestante en Palestina con sus escuelas y ramas, que llegan hasta las fuentes del Jordan y hasta Mesopotamia. Todo esto quedará destruido, pues el clero cismático ha declarado abiertamente la guerra á esta creacion. Si Prusia se asocia ahora á Francia, Inglaterra y Austria en la intimacion que estas potencias van á hacer á Rusia, echará un peso tan decisivo en la balanza que la lucha ha de ser corta y la decision próxima, exenta de grandes conmociones, y además segura. Desde luego debe la Suecia recobrar las islas de Aland y la Finlandia; y como Constantinopla ni en poder de los turcos está segura ni lo estaria en poder de ninguna nacion cristiana mientras Rusia domine en el mar Negro, resulta la necesidad irrecusable de quitar á esta potencia no solamente la Crimea, sino tambien la Besarabia, el Quersoneso y la Tauria, territorios que deben darse al Austria. Es evidente que esta potencia ha de quedar encargada de la defensa del Danubio y de Europa por aquel lado, y para que tenga interés en hacerlo se le entregarán los principados danubianos, indemnizando debidamente á la Puerta, que saca de estos principados solo 200,000 talers (2) anuales, y cediendo el Austria en cambio al reino de Cerdeña la Lombardía (hasta el Mincio). Con esto se cierra una herida casi incurable y se levanta contra la Francia un baluarte resistente, aunque se le ceda la Saboya. La monarquía austriaca puede y debe estar íntimamente unida á Alemania, pero no la debe ni dominar ni dirigir.»

(1) *Biografía de Cristiano Carlos Josias de Bunsen*, edicion alemana por Nippold; Leipzig, 1871, tomo III, págs. 337 á 343.

Estas ideas atrevidísimas no necesitan comentarios, son clarísimas, y la memoria de Bunsen merece figurar al lado del folleto francés: *La revision de la Carte de l'Europe*. En la carta que la acompañó dijo su autor al rey: «Me ha colocado V. M. en la atalaya del mundo; y en ningun sitio presto mejores servicios que en éste, en que hago lo que hace el marino situado como vigía en la gavia. No tome V. M. á mal si el servidor fiel hace uso del privilegio que se le ha dado, á saber: de decir con franqueza y sin miedo lo que le dictan la inteligencia, el alma y el corazon.» El autor de esta memoria no pensó en una contingencia importantísima que en efecto se realizó mas adelante: la de que Francia pudiera tender en medio de la lucha la mano á la Rusia para que las dos potencias unidas hicieran imposible la confederacion alemana, que deseaba ver la Prusia, y vengaran Francia sus agravios antiguos y Rusia sus desastres modernos. La conducta de Austria en la confederacion alemana estaba muy

(2) Millon y medio de pesetas.

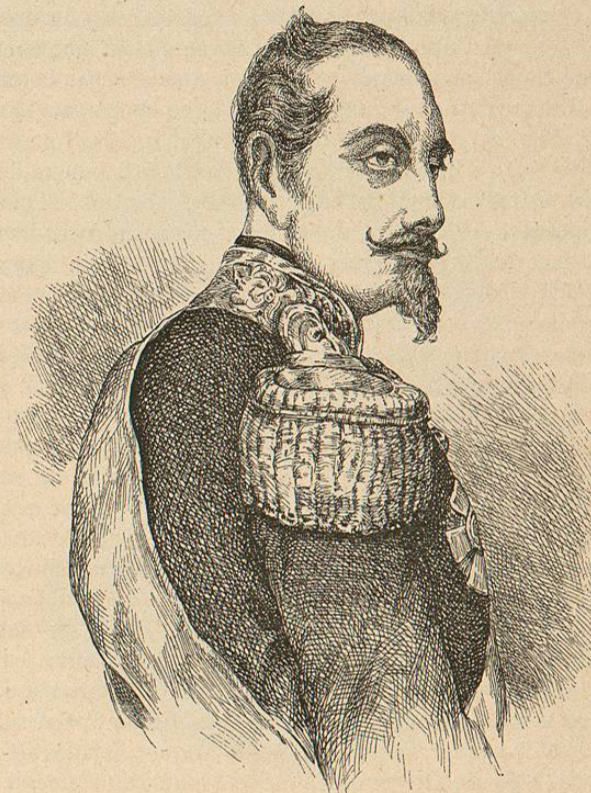
léjos de ser leal para con la Prusia, y habiéndose decidido el soberano de este último país en sentido contrario al propuesto por su embajador en Lóndres, cuando la memoria de éste fué recibida en Berlin, fué natural que el autor de esta memoria presentara su dimision.

Verdad es que ni la dimision de Bunsen ni la destitucion del ministro de la Guerra, el general Bonin, probaban la conversion decidida del rey de Prusia á favor de la Rusia. En vista del carácter serio que tomó la guerra y del convenio celebrado en comun en 12 de marzo con la Puerta, y no pudiendo ya deshacerse la aproximacion de Inglaterra á Francia, era mas indispensable que nunca que la Prusia se acercase al Austria, y así Federico Guillermo IV envió al coronel Manteuffel á Viena para declarar al gobierno austriaco que estaba dispuesto á renovar el convenio hecho en Olmutz garantizándose Prusia y Austria mutuamente sus territorios, sin exceptuar ni el reino de Hungría ni el Lombardo-veneto. El gobierno austriaco comprendió entonces que el momento era favorable para pedir mas, y en su consecuencia envió al general Hess con instrucciones á propósito á Berlin, adonde llegó este personaje el 27 de marzo. Hess consiguió la participacion de la Prusia, no solamente en el ya mencionado protocolo de la conferencia de Viena del 9 de abril, sino tambien en el importante convenio del 20 de abril, á despecho de toda la influencia rusófila. En este convenio Prusia y Austria se garantizaron mutuamente sus dominios alemanes y no alemanes contra todo ataque, de cualquiera parte que viniere; se obligaron á proteger igualmente contra toda intrusion los derechos é intereses de Alemania; previeron el caso de tener que poner en pié de guerra una parte de su fuerza armada; determinaron invitar á todos los miembros de la confederacion á entrar en el convenio, y además se obligaron á no formar alianza con ninguna potencia que no estuviere conforme con los principios establecidos en este convenio. En un artículo accesorio declaraban los firmantes que la continuacion de la ocupacion de territorios del dominio de la Puerta constituía un peligro para los intereses de toda la confederacion alemana, por cuya razon quedaba encargada el Austria de exigir la evacuacion de los principados danubianos, obligándose la Prusia á apoyar al Austria en la demanda. Ambas potencias contratantes se obligaron además á tomar la ofensiva en el caso de que Rusia se incorporara los principados dichos ó pasara los Balcanes.

Completaron este convenio con una estipulacion militar, en la cual determinaron que Austria agregaría á los 150,000 hombres que habia concentrado en sus fronteras, 100,000 mas, y que la Prusia concentrase otros 100,000 hombres dentro de treinta y seis dias, una tercera parte de ellos en la Prusia oriental y las otras dos terceras partes en Posen ó Breslau; y si las circunstancias lo hicieran necesario, elevaria su contingente á 200,000 hombres. «La direccion que debiera darse á ambos ejércitos tan pronto como estuviesen reunidos, tendria por norma el principio de que el objeto exclusivo del auxilio que se prestaran las dos potencias seria echar un ataque.»

Este es el texto literal del último artículo del convenio militar, y de él se desprende palpablemente que el gabinete de Viena estaba enterado del plan ruso de ir á Constantinopla por Viena. El convenio del 20 de abril, evidentemente mas ventajoso para el Austria que para la Prusia, obligó poco tiempo despues al coronel Manteuffel á declarar al emperador de Austria con toda franqueza que su enviado el general Hess habia sorprendido la buena fe de la Prusia, por cuya razon era de opinion que difícilmente llegarían á ejecutarse las estipulaciones del convenio. No solamente el artículo adicional imponía á la Prusia onerosísimas obligaciones

á favor del Austria en el caso de la prolongacion indeterminada de la ocupacion de los principados danubianos, sino que tambien la obligaba á cooperar á la ofensiva en el caso de que Rusia se incorporara aquellos principados ó pasara los Balcanes, dos contingencias cuya realizacion no perjudicaba, por lo menos directamente, los intereses de Prusia. Habia contribuido mucho al buen éxito de la mision del general Hess la amenaza de que Austria, en el caso de negarse la Prusia á dar la garantía que ella le pedía, tendría que aceptar las proposiciones que Francia le tenia hechas desde mucho tiempo. Tambien contribuyó al buen éxito de



Leroy de Saint-Arnaud

la negociacion austriaca el hecho de que durante estas negociaciones, es decir, en 10 de abril, Inglaterra y Francia firmaron el tratado de alianza tan terminantemente anunciado por el embajador prusiano Bunsen, que tenia por objeto declarado la proteccion del imperio turco contra toda sorpresa del extranjero; cuyo tratado quedaba abierto para el ingreso de todas las demás naciones europeas en la alianza.

A fin de aplazar la intimacion de evacuacion de los principados danubianos que Austria debia dirigir á la Rusia, envió el rey de Prusia con este objeto al conde de Alvensleben á Viena. Entretanto los Estados alemanes de segundo orden, á excitacion del ministro de Sajonia, Beust, celebraron una conferencia en Bamberg, en la cual expresaron su indignacion por no haber sido consultados, como estipulaba el artículo 49 del acta final de Viena, y formularon su deseo de tomar parte en las conferencias y debates para la paz. Sobre esto tuvieron los soberanos de Austria y Prusia una entrevista en Teschen, en la cual el primero indicó al segundo el peligro de una aproximacion de los Estados alemanes de segundo orden á la Francia. En esto y en todo lo demás relativo al asunto pendiente parecieron los dos soberanos estar de acuerdo despues de la entrevista.

De muy diferente modo que Bunsen, que recomendaba una política estrechamente unida á la de Francia é Inglaterra, pensaba Bismarck, entonces representante de Prusia en la

dieta de Francfort, si bien ni él ni Bunsen perdiesen por esto la confianza que dispensaba á ambos el soberano, cuya versatilidad y cuya política fluctuante explicaban claramente este contrasentido. Bismarck era el alid mas firme y mas vigoroso y enérgico de cuantos patriotas prusianos perseguían desde el año 1848 el ideal de una Alemania unida dirigida por la Prusia. Animado de este deseo, vió Bismarck en la alianza con la poderosa rival el mayor obstáculo á la realizacion de la idea de dar á Prusia la hegemonía de Alemania. Una semana despues de la firma del tratado entre Prusia y Austria escribió (1): «En la alianza del 20 de abril da la Prusia mas que en el convenio de mayo de 1851. El 20 de abril es un desengaño para los Estados alemanes y un descrédito para la Prusia, porque aquellos ven que su amo es el Austria. Poquísimo interés tienen para Alemania las bocas del Danubio; diez mil veces mayor es el que tienen para ella el Adriático y el dominio de Inglaterra sobre las islas Jónicas y la Morea.» Si Bismarck vituperó entonces la conducta de Francia é Inglaterra en haber retirado la nota aprobada por el emperador de Rusia, en haber hecho entrar sus escuadras en el mar Negro, en haber declarado la guerra y haber cambiado el objeto de ésta, fué porque entonces ignoraba completamente los propósitos de Rusia, comunicados anteriormente por el emperador Nicolás al embajador inglés Hamilton Seymour. Desde el punto de vista de Bismarck y dada su sagacidad, que habia de sugerirle ya entonces proyectos mas ó menos bien determinados, es muy natural que estuviera contra toda ruptura con Rusia, especialmente en vista de la contingencia muy posible de una alianza de esta potencia con Francia, y mientras Bunsen al hablar del Austria en su memoria secreta de marzo de 1854 decia: «Los motivos que la mueven son patentes y visibles, y de sana política,» expuso Bismarck en su comunicacion del 25 de junio del mismo año (2), que la conducta del gabinete de Viena en vista de la contestacion rusa del 29 de junio, autorizaba á calificar la política austriaca no ya de conservadora y pacífica, sino de ambiciosa y belicosa; y hablando de los Estados alemanes de segundo y tercer orden observó muy acertadamente en el mismo escrito: «A pesar de no tener yo gran confianza en la buena disposicion de los Estados reunidos en la conferencia de Bamberg, me atrevo á decir que su actitud respecto de Prusia es todavía una rara fidelidad en comparacion de la de Buol, Bach y otros discípulos de Schwarzenberg, aliados de los ultramontanos (entre los cuales contó Bismarck también á Prokesch, el representante de Austria y presidente de la dieta).» La verdad es que ya en 1854 pensó Bismarck como dos años despues escribió á Manteuffel, presidente del ministerio prusiano (3): «Mayores y mas perjudiciales que en ninguna alianza mal formada de otros tiempos serian ahora la desconfianza política mutua, la rivalidad envidiosa militar y política, la sospecha de cada uno de los aliados de que el otro tramase una alianza con el contrario, el deseo de impedir que el aliado, al ser la alianza afortunada, gane un aumento de su territorio, y por otro lado el deseo de cada uno de salvarse si los sucesos tomasen mal sesgo, dejando al aliado en el atoladero. Los generales en lugar de cooperar al fin comun harian cada uno lo posible para que su colega no recogiese laureles y cumplirian sus instrucciones tarde y mal. En vista de la política de Viena no caben las dos potencias en Alemania, y hasta haber hecho un arreglo leal de la influencia que cabe á cada una de las dos, labramos una y otra el mismo

(1) Véase Poschinger, tomo II, pág. 10; todo este tomo está lleno de escritos oficiales y particulares curiosísimos de Bismarck sobre los asuntos de Oriente.

(2) Poschinger, tomo II, págs. 47 á 52.

(3) Poschinger, tomo II, pág. 364.

pedregal, y entretanto continúa el Austria siendo el único Estado ó perjudicial ó beneficioso para nosotros. Desde mil años háse desahogado el dualismo aleman en alguna guerra interior y desde Carlos V en cada siglo, y lo mismo habrá de suceder en el siglo actual, pues no hay otro remedio.» Igual esperanza expresó en 1858 un autor aleman que en el extranjero defendió la política de Prusia en vista de la insolencia de Rusia y la debilidad de Alemania, diciendo que la cuestion de Oriente era la cuestion exterior de la revolucion francesa de 1848, y añadió: «Haremos bien en esta vida democrática en rogar á la Providencia que nos envíe de cuando en cuando uno de aquellos aristócratas salvajes que arreglan el mundo á palos, matando gente, pues ya está visto que los diplomáticos no saben arreglar nada sino despues de estar la tierra empapada en sangre (4).»

CAPITULO VII

LA CAMPAÑA DEL DANUBIO Y SUS CONSECUENCIAS

Ninguna de las potencias interesadas en la guerra tiene hechos los aprestos necesarios para ella. — Galipoli es elegida como punto de reunion de las fuerzas aliadas. — Formacion de los ejércitos de Oriente inglés y francés. — Gran confusion en Marsella. — El general Baraguay d'Hilliers se retira de su puesto de embajador cerca de la Puerta. — Saint-Arnaud y lord Raglan. — Las sublevaciones en las provincias turcas fronterizas y la influencia de Rusia en estos movimientos. — El bombardeo de Odesa. — Consejo de guerra de los generales en jefe de los tres ejércitos aliados en Varna. — Saint-Arnaud no puede dar el auxilio que habia prometido á la plaza de Silistria sitiada. — El sitio de Silistria dirigido por Paskiewitz. — Gortschakoff se encarga del mando en jefe en lugar de Paskiewitz. — Los rusos se retiran de Silistria. — Negociaciones entre las potencias. — Francia fija cuatro puntos como base de todas las negociaciones ulteriores. — El artículo adicional al tratado del 20 de abril. — El Austria firma con Francia é Inglaterra el convenio del 2 de diciembre. — Actitud de Rusia en vista de este convenio. — Opinión de Bismarck acerca de la política de Austria.

Ninguna de las potencias comprometidas en la gran guerra que iba á empezar estaba suficientemente preparada para ella. Rusia, además de la pesadez de su organizacion militar, carecia de vias férreas para enviar con facilidad y prontitud refuerzos á Turquía (5); Inglaterra no disponia como de costumbre de un gran ejército, y Francia, no pudiendo enviar sus ejércitos á Turquía por tierra, por estarle vedado el paso por Alemania y Austria, los tuvo que enviar por mar, para lo cual le faltaron al principio buques y pertrechos. Tanto Francia como Inglaterra habian perdido un tiempo precioso y pasado el otoño del año 1853 sin hacer nada decisivo, á pesar de haber empezado ya tiempo hacia las hostilidades entre Rusia y Turquía. Creían al principio limitar su auxilio al desembarco de tropa de marina para la proteccion de Constantinopla; al parecer contaban con una accion enérgica del Austria despues de tanta indecision, y por otra parte confiaban también en el poder de su diplomacia. En enero

(4) *Gaceta de Colonia*, n.º 362, 1858; *Investigaciones diplomáticas* sobre los mas notables sucesos del tiempo moderno.

(5) La memoria publicada en el primer tomo de los *Escritos varios (Vermichte Schriften)* de Teodoro Bernhardt, da curiosas noticias sobre el estado del ejército ruso en la primavera del año 1854. Esta memoria, que en un principio no estaba destinada á la publicidad, refuta con datos climatológicos, higiénicos y administrativos, entre otras la preocupacion de la superioridad física del soldado ruso, y dice que de 20,000 hombres enviados desde Moscov á Tiflis perecieron 14,000, de cuyas resultas el general Trischatny perdió su grado, sus condecoraciones y su pension, y los oficiales que habian tenido parte en este transporte fueron degradados y condenados á servir como soldados rasos. La memoria de Bernhardt, escrita para un reducidísimo público al principio de la guerra de Crimea, quedó en el curso de esta guerra plenamente comprobada en todos sus detalles.

de 1854 solamente habian enviado Inglaterra al general Bourgoyn y Francia á los coroneles Ardant y Dieu á Turquía para examinar el estado y fuerza de resistencia de las fortalezas del Danubio y de la capital, y estos militares, de acuerdo con el embajador francés, el general Baraguay d'Hilliers, designaron la península de Galipoli como el centro mas propio para los preparativos de defensa, que las dos potencias aliadas creían poder hacer, pásmese el lector, con 6,000 soldados franceses y 3,000 ingleses (1).

Los tratados de alianza del 12 de marzo y del 10 de abril dieron ocasion á medidas más enérgicas, sin que por esto los aliados se creyesen todavía en el caso de trazar un verdadero plan de campaña. Francia formó en 11 de marzo un ejército de Oriente calculado en unos 50,000 hombres y compuesto de tres divisiones de infantería, confiadas á los generales Canrobert, Bosquet y el príncipe Napoleon, y una brigada de caballería mandada por el general Alonville con una division de reserva á las órdenes del general Forey. Esta division entró luego en servicio activo, y en su lugar se formó otra de reserva. Fué nombrado general en jefe de este ejército de Oriente, formado con las mejores tropas, sacadas de los regimientos con los consiguientes perjuicios para todo el ejército francés, el ministro de la Guerra Leroy de Saint-Arnaud, recientemente recompensado con el baston de mariscal por su cooperacion al golpe de Estado, pero por lo demás militar valiente y perito, como lo habia probado en Argelia, y hombre vividor. El gobierno inglés confió el mando en jefe de su ejército á lord Raglan, que contaba ya 66 años, antiguo compañero de Wellington, que habia perdido el brazo derecho en la batalla de Waterloo. A sus órdenes mandaban el duque de Cambridge la primera division, Lacy-Evans la segunda, Richard-England la tercera, G. Cathcart la cuarta, Jorge Brown la division ligera y lord Lucan la caballería. El nombramiento de un héroe de Waterloo para compañero de armas de un ejército napoleónico dió á los realistas franceses ocasion de hacer observaciones maliciosas, dirigidas contra los gobernantes ingleses, pero que no hicieron mella ninguna en lord Raglan, hombre muy práctico. A mediados de abril se dirigió á Oriente pasando por Paris, donde tuvo tres conferencias con el emperador, al cual habia conocido en Lóndres y le habia presentado á Wellington. En las conferencias tomaron también parte el anciano príncipe Jerónimo, el mariscal Vaillant, ministro de la Guerra, el mariscal Saint-Arnaud y el duque de Cambridge. Con esto adquirió ya una forma proporcionada á la magnitud de la empresa el plan de campaña que se elaboró; pero por falta de los datos necesarios no pudo ser trazado sino á grandes rasgos.

Al efectuar el embarco de las tropas francesas en Marsella se cometieron grandes torpezas y reinó la mayor confusion. El ministro de Marina, Teodoro Ducos, no era hombre del ramo y no pudo cumplir las órdenes apremiantes del emperador á pesar de sus esfuerzos sobrehumanos, que despues le costaron la vida. No habia la provision necesaria de carbon, y Saint-Arnaud dijo que las calderas de vapor tendrian que ser calentadas con el patriotismo de los marinos. Muchos buques resultaron inútiles para el servicio, el material de guerra era defectuoso, y además perjudicó á la empresa la transformacion de la artillería, empezada por el emperador poco antes. A fin de activar la expedicion fué menester el auxilio de la escuadra del Atlántico, mandada por el vice-almirante Bruat, y hasta hubo de prestar servicio la marina mercante. Estando todavía retenido en Paris el mariscal Saint-Arnaud por un cúmulo de ocupaciones, fué

(1) Camilo Rousset: *Histoire de la guerre de Crimée*, Paris, 1878, tomo I, pág. 85.

enviado á Turquía en la segunda mitad del mes de marzo el general Canrobert con una pequeña division y llegó el 4 de abril á Constantinopla, despues de una corta detencion en Galipoli, cuando los rusos habian pasado ya en diferentes puntos el Danubio y era de temer que se apoderaran de los desfiladeros de los Balcanes. Por esta razon se desplegó en Marsella una actividad febril para el transporte de toda la expedicion. Canrobert recibió orden de cubrir á Andrinópolis con una brigada por lo menos.

En 15 de abril, despues de haberse aumentado la caballería expedicionaria hasta formar una division de tres brigadas, y proporcionalmente también los cuerpos de artillería y de ingenieros, salió Saint-Arnaud de Paris; pero al querer em-



Lord Raglan

barcarse en Marsella resultaron uno tras otro cuatro buques de vapor inservibles, y finalmente se embarcó el 29 de abril en el vapor *Bertholet*.

En la capital de Turquía tampoco marcharon las cosas con el orden y la regularidad debidas. El general Baraguay d'Hilliers, poco acostumbrado á la vida diplomática, estaba celoso de la posicion influyente del embajador inglés, y trató por lo mismo de derribar á los ministros Reschid y Rizá, que se dejaban influir por este diplomático. Saint-Arnaud, apenas hubo llegado á Constantinopla, enterado de lo que pasaba, tomó partido contra el embajador de su nacion, que presentó su dimision y partió para su país el 21 de mayo. Con su partida quedó simplificada la situacion; pero solo un momento, porque Saint-Arnaud mismo la volvió á enredar pretendiendo el mando en jefe del ejército turco, además del francés, y hasta trató de extender su mando sobre el inglés, fundándose en ser mas elevada su categoría militar que la de lord Raglan; pero los representantes de Inglaterra le dieron á entender lo injusto de sus pretensiones (2), porque de nombrarse al mariscal francés general en jefe de las fuerzas turcas, cosa muy difícil, hubiera tenido á sus órdenes mas de doscientos mil hombres, mientras Raglan solo hubiera mandado veinticinco mil que componían el cuerpo expedicionario.

(2) Kinglake.